

Aquellos en que encieade
 Entusiasmo y valor !... ¡Un dia, un hora,
 Un momento infeliz hunde en el polvo
 La esperanza y delicias de los buenos !
 ¡ Y los perversos viven y se rien,
 De todo miedo y sobresalto ajenos !

Huye pues, lira, de mi débil mano,
 Ya que aliviarme en mi alieccion no alcanzas
 Dolor manda la muerte, y no alabanzas,
 Dolor y luto y lágrimas. ¡ Oh amigos !
 Venid, cercadme ; y sosteniendo todos
 Mi vacilante paso,
 Hasta la tumba lúgubre lleguemos.
 En ella plantarémos
 Un fúnebre ciprés ; mi amargo lloro
 Le regará ; mi diligente mano
 Le hará crecer, y su enlutada sombra
 Cubrirá la inscripcion, que en letras de oro
 Diga : « Al hombre sensible, al fiel amigo,
 Al exaltado patriota... » Un dia
 Vendrá que el pasajero,
 Cuando este triste monumento mire,
 Sobre él contemple á la virtud llorando,
 Y de respeto y lástima suspire.

¡ Ay ! ¿ Qué resta á mi vida, amigos míos,
 Sino hiel y dolor ? Tal vez la parca,
 Que en él se probó á herirnos, inflexible
 Ya la segunda vietima señala.
 ¿ Quién de nosotros ?... ¿ Y será posible
 Que destinado á contemplar me vea
 De unos y otros el fin, llorar á todos,
 Y verme en todos acabar ? ¡ Oh muerte !
 Ven á mí de una vez : tu horrenda saña
 Descargue al punto la faltal guadaña,
 Y no me guarde á tan acerba suerte.

FRAGMENTOS DE UNA TRADUCCION

DEL PASTOR FIDO.

I.

DISCURSO DE LINCO Á SILVIO.

Dime : si esta tan alegre y bella
 Estacion, que renueva el mundo todo,
 Vieses, en vez de florecientes valles,
 De verdes prados y vestidas selvas,
 Estarse el freso y el abeto y pino
 Sin su usada frondosa cabellera,
 Sin verdura los prados,
 Sin flores los collados,
 ¿ No dijeras tú, Silvio : « El mundo ahora
 Se marchita y desmaya » ?
 Pues la sorpresa y el horror que entonces
 De tan extraña novedad tuvieras.
 De tí mismo la ten : diónos el cielo
 Vida y costumbres á la edad conformes ;
 Y así como el amor nunca conviene
 Á pensamientos canos,
 Así la juventud de amor contraria
 Contrasta al cielo, y á natura ofende.
 Mira en torno de tí : ¿ ves la hermosura
 Que adorna, Silvio, el universo ahora ?
 Ella es obra de amor : ama la tierra,
 Ama tambien el mar, aman los cielos :
 Aquella que allí ves luciente estrella,
 Del alba precursora,
 Bella madre de amor, de amores muere,
 Y enamorada luce y enamora :
 Mirala envuelta en esplendor y en risa ;
 Quizás en este punto el dulce seno
 Deja del caro amante y sus delicias.
 En bosques y florestas

Aman las fieras, y en las ondas aman
 Las orcas graves y el delfin ligero.
 El pajarillo aquel que dulcemente
 Canta y lascivo vuela
 Ya del haya al abeto,
 Ya del abeto al mirto,
 Si espíritu tuviese y voz humana,
 « Yo me abraso de amor », exclamaria.
 Mas bien lo siente y en su voz lo dice,
 Que su amada le entiende y le responde :
 « Á mí el fuego de amor tambien me inflama. »
 Brama el toro en el campo, y cuando brama,
 Al blando juego del amor convida ;
 El leon en el bosque
 Ruge, y aquel rugido
 Es solo de su amor dulce gemido.
 Todo, en fin, ama, ¡ oh Silvio ! Y ¡ Silvio solo
 En cielo, en mar y en tierra
 Será alma sin amor ni sentimiento !
 ¡ Oh deja ya las selvas,
 Simple zagal... !

II.

AMINTA Y LUCRINA.

Te contaré la dolorosa historia
 De nuestros males que arrancar pudiera
 Llanto y piedad á las encinas duras,
 No solo á humanos pechos. En el tiempo
 Que el sacerdocio santo era obtenido
 Por jóvenes tambien, hubo un mancebo,
 Noble pastor, y sacerdote entonces,
 Llamado Aminta ; el cual amó á Lucrina,
 Ninfa gentil á maravilla y bella,
 Pero soberbia á maravilla y falsa.
 Mostróse ella gran tiempo agradecida,
 Ó lo fingió con vanas apariencias,
 Al puro afecto del amante joven,

Y sustentóle de esperanzas falsas,
 Mientras que el infeliz rival no tuvo.
 Mas no bien fué de rústico mozuelo
 Mirada la inconstante, cuando al punto,
 Sin defenderse á su primer suspiro,
 Al nuevo amor abandonóse toda
 Antes que el mal se sospechase Aminta.
 ¡ Misero Aminta ! que esquivado luego
 Fué y despreciado tanto, que ni verle
 Ni escucharle jamás quiso la impia...
 Pues como al fin, tras el amor perdido,
 Quejas tambien y lágrimas perdiese,
 Vuelto, rogando, á la gran diosa : « ¡ oh Cintia !
 Dijo, si ya con inocentes manos
 Y puro corazón el sacro fuego
 En tu altar encendi, venga la llama
 Que la pérfida ninfa en mí ha vendido. »
 Oyó Diana el llanto y las plegarias
 Del fiel amante, su ministro amado,
 Pues respirando en la piedad la ira,
 Acrecentó la cólera, y cogiendo
 El arco omnipotente, lanzó al seno
 De la mísera Arcadia inevitables
 Y ocultos dardos de espantosa muerte.
 Sin piedad, sin socorro perecian
 Gentes de toda edad y de ambos sexos :
 Era tarda la fuga, el arte inútil,
 Vano el remedio ; y antes que el doliente,
 El médico infeliz morir solia.
 Una sola esperanza en tantos males
 Quedó, y fué el implorar su auxilio al cielo :
 Consultado el oráculo, respuesta
 Dió, clara sí, pero funesta y triste ;
 Que Cintia estaba airada, y aplacarse
 Solo pudiera si la infiel Lucrina,
 Ú otro de nuestra gente en lugar suyo,
 En holocausto presentado fuese
 Por las manos de Aminta á la gran diosa.
 Ella en vano lloró, y esperó en vano

De su nuevo amador ser socorrida;
 Que al fin, llevada con solemne pompa,
 Fué miserable víctima á las aras;
 Donde á los piés de su ofendido amante,
 Á aquellos piés de quien seguida en vano
 Y tanto fué, las trémulas rodillas
 Dobló, esperando su infelice muerte
 Del mancebo cruel. Aminta entonces
 Intrépido desnuda el sacro acero,
 Y en su rostro inflamado parecia
 Que el furor y venganza respiraban.
 Á ella vuelto después, dijo, lanzando
 Un gran suspiro anunciador de muerte :
 « Aprende en tu miseria, infiel Lucrina,
 Cuál amante seguiste, y cuál dejaste,
 Contempla en este golpe. » Esto diciendo,
 Clavó el cuchillo por su mismo seno,
 Y cayó sin aliento en brazos de ella,
 Víctima y sacerdote á un tiempo mismo.
 Á tan fiero espectáculo pasmóse
 La misera doncella ; pero al punto
 Que recobró la voz y los sentidos
 Dijo llorando : « ¡ Oh fiel, oh fuerte Aminta !
 ¡ Oh amante que tan tarde he conocido,
 Y me has dado muriendo vida y muerte !
 Si fué culpa el dejarte, ora la enmiendo
 Eternamente uniéndome contigo. »
 Y esto diciendo, desclavó el cuchillo,
 Teñido aun con la caliente sangre
 Del tarde amado enamorado pecho ;
 Y atravesando el suyo, moribunda
 Sobre Aminta cayó, que aun no bien muerto
 De aquel golpe fatal suspiraria.
 ¡ Fué de ambos el fin...

III.

CORISCA.

¿ Quién ha visto jamás, ni quién ha oído
 Mas extraña pasión, mas importuna,
 Ni mas loca también ? ¿ Quién en un pecho
 El odio á un tiempo y el amor unirse
 Con temple tan sutil, que uno por otro
 Se dilata y estrecha y nace y muere ?
 Si desde el pié gallardo hasta el semblante
 Miro yo la belleza de Mirtilo ;
 Si sus modales y su hablar contemplo,
 Y su hermoso ademan y sus miradas,
 Me asalta amor con tan violento fuego,
 Que toda yo me abraso, y me parece
 Que vence esta pasión todas las otras.
 Mas si después contemplo el obstinado
 Amor que tiene á mi mujer, y pienso
 Que de mí no se cura, y que por ella
 Desprecia mi beldad idolatrada
 De mil almas y mil, tanto le esquivo,
 Y le aborrezco tanto, que imposible
 Se me hace haberle alguna vez amado,
 Y que ardiese por él el pecho mio.
 Me digo así tal vez : « ¡ Oh si pudiese
 Gozar de mi dulcísimo Mirtilo,
 Tal que yo sola le tuviese, y nadie
 Le poseyese nunca ! ¡ Oh mas que todas
 Feliz Corisca ! » Y en aquel momento
 Un ímpetu en mi seno se despierta,
 Y hácia él tan dulcemente me arrebató,
 Que á sus huellas seguir, y á suplicarle,
 Y á descubrir el corazón camino.
 ¿ Qué mas ? Así me punza este deseo :
 Que si pudiera ser, le adoraría.
 Por otra parte me revuelvo y digo ;

« ¡Un soberbio, un esquivo, un desdenoso,
 Uno que á amar otra mujer se atreve,
 Un hombre que me mira y no me adora,
 Y así de mi semblante se defiende,
 Que no muere de amor! ¡Yo, que debía,
 Como á tantos he visto, verle ahora
 Abatido y lloroso á los piés míos,
 Abatida y llorosa á los piés suyos
 Podré verme caer! » Y en esta idea
 Ira tal, y tal cólera concibo
 Contra él, y contra mí, por haber vuelto
 Á mirarle la vista, el pecho á amarle,
 Que odio mas que la muerte el amor mío
 Y el nombre de Mirtilo, y le quisiera
 Ver el mas infeliz, mas afligido
 Pastor que hubiese; y si le viera entonces,
 Con mis manos allí le mataría.
 Así el odio y amor, ira y deseo
 Se combaten á un tiempo; y yo, que he sido
 La llama de mil almas hasta ahora,
 Y el tormento de mil, ardo y suspiro,
 Y pruebo en mi dolor el mal ajeno.
 Yo, que allá en la ciudad por tanto tiempo,
 De amantes gentilísimos servida,
 Fuí siempre insuperable, y burlé siempre
 Todas sus esperanzas y deseos,
 Ya de un rústico amor, de un vil amante,
 De un zagalejo humilde soy vencida.
 ¡Oh Corisca infeliz! en este punto,
 Si desprovista de amador te vieras,
 Di, ¿qué fuera de tí? Dime, ¿qué harías
 Para calmar tu enamorada rabia?
 Aprendan á mi costa hoy las mujeres
 Á conservar y á acumular amantes.
 Si ni otro bien ni pasatiempo alguno
 Que el amor de Mirtilo yo tuviese,
 ¡Cierto que rica de galan me viera!
 Mil veces simple la mujer que á un solo
 Amante llega á reducirse: ¡oh! nunca,

Nunca tan necia se verá á Corisca.
 ¿Qué es constancia? ¿Qué es fe? Fábulas vanas,
 Nombres imaginados por celosos
 Para engañar las simples doncelluelas.
 La fe en el pecho de mujer, si acaso
 Fe en hembra alguna aposentarse puede,
 No es bondad, no es virtud; es una dura
 Necesidad de amor, ley miserable
 De menguada beldad que ama á uno solo,
 Porque amada de muchos ser no puede.
 Mujer bella y gentil, solicitada
 De muchedumbre de amadores dignos,
 Si á uno se acerca y los demás despide,
 Ó no es mujer, ó si es mujer, es necia.
 ¿Qué vale la beldad cuando no es vista;
 Y si vista, no amada; y si es amada,
 Amada de uno solo? Que en el mundo
 Cuanto mas dignos y frecuentes sean
 De una mujer los amadores, tanto
 La fama crece y alabanza de ella,
 Y su esplendor y gloria se aseguran
 En tener muchos. Las discretas damas
 Así vivir en las ciudades suelen;
 Y las que son mas bellas y mas grandes
 Con mayor libertad; siempre es entre ellas
 Despedir un amante gran locura;
 Hacen muchos así lo que uno solo
 Quizá no hará: quién para dar es bueno,
 Quién á servir, quién á otra cosa es útil;
 Y sucede tal vez que sin saberlo
 Lanza el uno los celos que dió el otro,
 Ó los despierta en el que no los tuvo.
 De esta manera en las ciudades viven
 Las mujeres ilustres, donde un día
 Yo aprendí el arte del amor, guiada
 De mi espíritu mismo, y del ejemplo
 De una dama gentil que me decía:
 Es preciso tratar á los amantes
 Cual si fuesen vestidos: tener muchos;

Uno ponerse, y remudarlos todos ;
 Que el largo conversar causa fastidio,
 Y el fastidio desprecio y odio al cabo.
 Es grande error, Corisca, que una dama
 Llegue su amante á fastidiar ; tú cura
 De que aquel que soltares salga siempre
 Quejoso, y no cansado. » Y así siempre
 He procedido yo ; gusto tenerlos
 En grande copia ; entretener los unos
 Con los ojos, los otros con las manos,
 Pasar al pecho el que mejor me agrada,
 Y al interior del corazón ninguno.
 ¡ Mas ay ! que de esta vez yo no sé cómo
 Ha venido Mirtilo, y me atormenta
 Tanto ; infeliz ! que á suspirar me obliga,
 Y á suspirar de véras, y negando
 Á mis cansados miembros el sosiego,
 También yo aprendo á desear la aurora,
 Tiempo oportuno á los amantes tris
 Cual ellos ¡ ay ! por esta selva umbrosa
 Ando buscando la adorada huella.
 De mi enemigo. ¿ Qué te harás, Corisca ?
 ¿ Le rogarás ? El odio no lo quiere,
 Aunque lo quiera yo. ¿ Le huirás ? Ni aquesto
 Lo consiente el amor, aunque debiera
 Tal vez hacerlo así. Pues ¿ qué resuelves ?
 Las súplicas primero y los halagos
 Abrirán el camino, y descubierto
 Le ha de ser el amor, mas no la amante ;
 Si esto no basta, acudiré al engaño ;
 Y si ni este tampoco, memorable
 Venganza hará la cólera...

IV.

EL SÁTIRO.

Cual hielo á plantas, sequedad á flores,
 Á ciervos red, á pajarillos liga,

Granizo á espigas, y gusano á trigo ;
 Así contrario amor fué siempre al hombre ;
 Y quien fuego le dijo, conocía
 Su natural tan pérfido y malvado,
 Pues si el fuego se mira, ¡ oh cómo es bello !
 Y si se toca, ¡ oh qué cruel ! El mundo
 Mas espantoso monstruo no conoce :
 Como fiera devora, y como acero
 Punza y traspasa, y como viento vuela ;
 Y donde afirma la imperiosa planta
 Toda fuerza y poder cede á su fuerza.
 No de otro modo amor, que si le miras
 Ya en bellos ojos, ya en cabellos de oro,
 ¡ Oh cual gusta y deleita ! ¡ Oh cual parece
 Que solo paz respira y alegría !
 Mas si te acercas mucho y si le pruebas,
 Si comienza á bullir, y luego crece,
 No tiene tigre Hircania, ni la Libia
 Leon tan fiero, ó pestilente sierpe,
 Que en fiereza le venza ó se le iguale ;
 Crudo mas que la muerte y que el infierno,
 Contrario á la piedad, ministro de ira,
 Y finalmente, amor de amor desnudo.
 ¿ Mas para qué hablo de él ? ¿ Por qué le culpo ?
 ¿ Es él la causa de que el mundo ahora,
 Amando no, mas delirando peca ?
 ¡ Oh femenil perfidia ! Á tí se impute
 De la infamia de amor toda la culpa.
 De tí sola, y no de él, viene y se engendra
 Cuanto de duro y de malvado tiene ;
 Pues él, de suyo blando y apacible,
 Al punto pierda su bondad contigo.
 Tú no le dejas penetrar al pecho,
 Y de pasar al corazón las vías
 Le cierras todas ; por defuera solo
 Le adulas y le halagas, y es tan solo
 Tu cuidado, tu pompa y tu deleite,
 De un afeitado rostro la corteza.
 No son tus obras ya, ni ya te empleas

En pagar con tu fe la fe de amante,
 En luchar, en amar, con quien te ama
 Hacer de dos un corazón tan solo,
 Y en una voluntad unir dos almas.
 Pero te ocupas en teñir con oro
 Un cabello insensato, ornar la frente
 Con una parte de él envuelta en nudos,
 Y lo demás, en red entretejido,
 Prender el corazón de mil incautos.
 ¡ Oh cuán indigno á un tiempo y fastidioso
 Es el verte tal vez con los pinceles
 Pintarte las mejillas, y las faltas
 De natura y del tiempo andar borrando!
 ¡ Hacer se torne en púrpura brillante
 La triste amarillez, blanco lo negro,
 Las arrugas lisura, y un defecto
 Quitar con otro, y aumentarle acaso!
 Y esto es nada, aunque tanto : son iguales
 Á las obras costumbres y caricias.
 ¿ Qué cosa tienes tú que no sea falsa ?
 Si abres la boca, mientes; si suspiras,
 Mentido es este suspirar; si mueves
 Hacia alguno los ojos, la mirada
 Es mentida también : todos tus actos,
 Todo ademan, y lo que en tí se mira,
 Y lo que no se mira, hables ó pienses,
 Andes ó llores tú, cantes ó rias,
 Todo es mentira, y aun aquesto es poco.
 Vender mas bien á quien mejor se fia,
 Al más digno de amor amarle menos,
 Y aborrecer la fe mas que la muerte,
 Tales las artes son que hacen tan crudo
 Y tan perverso á amor. Tuya es la culpa
 ¡ Oh pérfida mujer! de sus delitos,
 Ó lo es mas bien de quien de tí se fia.
 En mí la culpa está, que te he creído,
 Corisca perfidísima y malvada,
 Aquí tan solo por mi mal venida
 De las regiones lujuriosas de Argos,

Donde la liviandad tiene su imperio.
 Mas tú finges también, y eres tan diestra
 En mentir tus costumbres y palabras,
 Que con las mas honestas ora unida
 La fama del pudor anda contigo.
 ¡ Oh cuánto afán he sostenido ! Oh cuántas
 Ignominias por ella ! Oh cómo ahora
 Me arrepiento de todo y me avergüenzo !
 Aprende, incauto amante, de mi pena
 Á no adorar cual idolo un semblante;
 Que la mujer idolatrada es cierto
 Un nùmen infernal : de su belleza
 Se lo presume todo, á fuer de diosa;
 Sobre tí, que te humillas, elevada,
 Como cosa mortal te tiene en menos;
 Que ser por su valor ella se cree
 Lo que la finges tú por tu vileza.
 ¿ Para qué tanta esclavitud y tantos
 Ruegos, suspiros, llantos ? Estas armas
 Úsenlas, sí, los niños y mujeres,
 Mas nuestros pechos aun amando sean
 Fuertes y varoniles. Hubo un tiempo
 En que pensaba yo que suspirando,
 Y llorando, y pidiendo, en pecho de hembra
 La llama del amor se despertase.
 Ora lo advierto, erré; que si ella tiene
 El corazón de pedernal, es vano
 El intentar con lágrimas suaves
 Ó con el blando aliento de un suspiro
 Hacerle echar centellas, si el acero
 De un rígido eslabon no le combate.
 Por tanto, deja el suspirar y el llanto,
 Si el logro quieres de tu amor; y si ardes
 Con fuego inextinguible, allá en el seno
 De ese tu corazón mas escondido
 Tu afecto oculta, y ejecuta á tiempo
 Lo que natura y el amor enseñan,
 Pues la virtud de la modestia solo
 En el semblante la mujer la ostenta,

Y es grande error el que al tratar con ella
 La tengas tú jamás, pues aunque tanto
 La usa con los demás, consigo usada
 La tiene en odio, y en su rostro quiere
 Que la mire el amante, y no la emplee.
 Con esta ley tan natural, si amares,
 Tendrás gusto en tu amor; no ya Corisca
 Á mí me encontrará tierno y rendido
 Sino fiero enemigo, que con armas
 De un hombre de valor, no femeniles,
 En crudo asalto la herirá. Dos veces
 Cogí ya esta malvada, y no sé cómo
 Se me fué de las manos; más si llega
 Por la tercera vez al mismo paso,
 Ya yo la pienso asegurar de modo
 Que escapar no podrá. Por estas selvas
 Suele á veces vagar, y yo venteando
 Como sagaz subueso, ando tras ella.
 ¡Oh qué terrible estrago y qué venganza
 Si la cojo he de hacer! Yo haré que vea
 Que llega alguna vez á abrir los ojos
 El que fué ciego, y que por mucho tiempo
 No ha de vanagloriarse en sus perfidias
 Una mujer sin fe y engañadora.

ARIADNA.

(Se supone á Ariadna sentada en una actitud profundamente triste sobre una peña á la orilla del mar: á un lado una tienda, á otro un gran peñasco que se encorva sobre las aguas.)

¡Nadie me escucha!... ¡Nadie!... El eco solo,
 Eterno compañero
 De este silencio lóbrego, responde
 Á mi agudo clamor, y mudamente
 Mi mal aumenta y mi dolor presente.

¿Y es aquesto verdad? ¿Pudo Teseo
 Sin mí partir, y pudo
 Desampararme así?... ¡Pecho de bronce,
 De todo amor y de piedad desnudo!
 ¿Qué te hice yo para tan vil huida?
 Le vi, le amé; mi corazón, mi vida,
 Toda yo suya fui, toda... El ingrato,
 ¿Qué no me debe?... Encadenado llega
 Á la cretense playa,
 Destinado á morir: su sangre odiosa
 Al monstruo horrible apacienta debía,
 Que en la prisión del laberinto erraba.
 ¿Qué hubiera él sido sin la industria mía?
 Entra, combate, vence, y coronado
 De nueva gloria se presenta al mundo.
 Esto era poco: enfurecida y ciega,
 Frenética después, mi hogar, mi padre,
 Todo lo olvido á un tiempo, y me confío
 Al amable impostor, enajenado
 Con su halago y su amor mi tierno pecho;
 ¡Falso amor, falso halago! ¿Qué se han hecho
 Pasión tan viva y perdición tan loca?
 Yo lloro aquí desesperada en tanto
 Que el pérfido se ríe
 De mi amor lamentable y de mi llanto.

Pero no; ¿cómo es posible
 Que tan deliciosos lazos
 Así los haga pedazos
 Una horrenda ingratitud?

(Levántase exaltada hácia la tienda.)

¡Ah! no es posible. ¡Oh lecho! tú que has sido
 Testigo de mi gloria y mi contento,
 Vuélveme al punto el bien que en tí he perdido.
 ¡Así mientras sus labios me halagaban,
 Y en tanto que sus brazos me ceñían,
 Ya allá en su pecho las traiciones viles
 Este lazo fatal me preparaban!

¡Oh union inconcebible
De perfidia y placer! ¡con que, engañoso
Puede ser el halago, y la ternura
Lleva tras sí maldad y alevosía!
Yo triste, envuelta en la inocencia mía,
Al delirio de amor me abandonaba.
Tú sabes cuál mi seno palpitaba,
Tú viste cuál mi sangre se encendía,
Y cómo de su boca engañadora
Deleite, amor y perdición bebía.

Dos ayer éramos,
Y hoy sola y misera
Me ves llorando
A par de tí.
Mira estas lágrimas,
Mirame trémula,
Donde gozando
Me estremecí.
¿Qué se hizo el pérfido?
Mi angustia muévate,
Y haz que volando
Torne hácia mí.

Vuelve, adorado fugitivo, vuelve,
Yo te perdono. El ardoroso llanto
Que ora inunda mi rostro y me le abrasa
Enjugarás; reclinaré en tu pecho
Mi atormentada frente, y aplicando
Tu mano al corazón, verás cuál bate
De anhelo palpitante y de alegría.
Mas ¡oh misero y ciego devaneo!
Mientras imploro al execrable amigo,
Lleva el viento consigo
Mi gritar, mi esperanza y mi deseo,
¡Y esto, oh dioses, sufrís! ¡Y va seguro
Y contento el perjurio
Por medio de la mar, que le consiente
Sin abrirse y tragarle!... ¡Oh tú, divino

Astro del claro día, sol luciente,
Sagrado autor de la familia mía!
Mira el trance terrible á que he venido;
Mirame junto al mar volver llorando
La vista á todas partes, y en ninguna
Asilo hallar á mi fatal fortuna;
Mirame perecer sin un amigo
Que dé á mi suerte lamentable lloro.
¿Dónde, dónde volverme? ¿Á quién imploro?

« Muerte, no hay medio, muerte; » este el grito
Que por do quiera escucho; esta la senda
Que encuentro abierta á mi infelice suerte.
Brama el mar, silva el viento, y dicen : « Muerte. »

Y muerte hallaré yo... Las ondas fieras
Que senda amiga al seductor abrieron,
Me la darán... ¡Qué horror! Un sudor frio
Baña mi triste frente, y el cabello
Se eriza... Si... Las veo;
Las furias del averno me arrebatan
Tras de sí á fenecer... Voy desgraciada
Víctima del amor...

... ¡Ah! ¡Si el ingrato
Presente ahora á mi dolor se hallara,
Quizá al verme llorar también llorara!
¡Mas no, misera! Muere; el mar te espera
El universo te olvidó, los dioses
Airados te miraron,
Y sobre tí, cuitada, en un momento
El peso de su cólera lanzaron.

¡Oh qué triunfo tan bárbaro y fiero!
Avergüénzate, cielo tirano,
Avergüénzate, ó dobla inhumano
Mi tormento y tu odioso rencor.
¿Dudo? ¿Temo? ¿Á qué atiendo? ¿Qué espero?
Dame ¡oh mar! en tu seno un abrigo,

Y las ondas escondan conmigo
Mi infortunio, mi oprobio y mi amor.

(*Arrójase al mar.*)

LA DANZA.

Á CINTIA.

¿Oyes, Cintia, los plácidos acentos
Del sonoro violín? Pues él convida
Tu planta gentilísima y ligera;
Ya la vista te llama,
Ya en la dulzura del placer que espera
El corazón de cuantos ves se inflama.
¿Quién ¡ay! cuando ostentando
El rosado semblante
Que en pureza y candor vence á la aurora,
Y el cuello desviando
Blandamente hácia atrás, das gentileza
Á la hermosa cabeza
Reposada sobre él; quién no suspira,
Quién al ardor se niega
Que bello entonces tu ademan respira?

¡ Con qué pudor despliega
De su cuerpo fugaz los ricos dones,
La alegre pompa de sus formas bellas!
Vaga la vista embelesada en ellas;
Ya del contorno admira
Al delicado talle do abrazadas
Las gracias se rieron,
Y su divino ceñidor vistieron
Ya, en fin, se vuelve á los hermosos brazos
Que en amable abandono
Como el arco de amor, dulces se tienden;
¡Ay! que ellos son irresistibles lazos
Donde el reposo y libertad se prenden.
¡Oh imagen sin igual! Nunca la rosa,
La rosa que primera

Se pinta en primavera,
De Favonio al ardor fué tan hermosa;
Ni así eleva su frente la azucena,
Cuando, de esencias llena,
Con gentileza y brio
Se mece á los ambientes del estío.

Suena, empero, la música, y sonando,
Ella salta, ella vuela: á cada acento
Responde un movimiento, una mudanza
Vuelve siempre á un compás; su ligereza
De belleza en belleza
Vaga voluble, el suelo no la siente.
Bella Cintia, detente;
Mi vista, que te sigue,
¿No te podrá alcanzar? ¿Nunca podría
Señalar de tus pasos
La undulacion hermosa,
La sutil graduacion? Cuando suspiro
Al fenecer de un bello movimiento,
Otro mas bello desplegarse miro.
Así del iris, serenando el cielo
Con su gayado velo,
En su plácida union son los colores;
Así de amable juventud las flores,
Do, si un placer espira,
Comienza otro placer. Ved los amores
Sus mudanzas siguiendo
Y las alas batiendo,
Dulcemente reir: ved cuán festivo
El céfiro, en su túnica jugando,
Con los ligeros pliegues
Graciosamente ondea,
Y él desnudo mostrando,
Suena y canta su gloria y se recrea
Y ella en tanto cruzando
Con presto movimiento,
Se arrebata veloz: ora risueña
En laberintos mil de eterno agrado

Enreda y juega la elegante planta;
 Altiva ora levanta
 Su cuerpo gentilísimo del suelo,
 Batiendo el aire en delicado vuelo.
 Huye ora, y ora vuelve, ora reposa,
 En cada instante de actitud cambiando,
 Y en cada instante ¡oh Dios! es mas hermosa.

Atónita mi mente es commovida
 Con mil dulces afectos, y es bastante
 Un silencio elocuente á darles vida.
 Mas ¿qué valen las voces
 Á par del fuego y la pasión que inspiran
 En expresión callada
 Los negros ojos que abrasando miran?
 ¿Á par de la cadena
 Que, ó bien me da de la amorosa pena
 El tímido afanar, ó en ella veo
 La presta fuga del desden que teme,
 Ó el duelo ardiente del audaz deseo?
 ¡Salud, danza gentil! Tú, que naciste
 De la amable alegría,
 Y pintaste el placer; tú, que supiste
 Conmover dulcemente el alma mía,
 De cuadro en cuadro la atención llevando,
 Y dando el movimiento en armonía.

Así tal vez de la vivaz pintura
 Vi de la antigua fábula animados
 Los fastos respirar. Aquí Diana,
 De sus ninfas seguida,
 Al ciervo en rauda curso fatigaba.
 Y el dardo volador tras él lanzaba;
 Allí Citéres presidiendo el coro
 De las gracias rientes,
 Y á amor con ellas en festivo anhelo,
 Y en su risa inmortal gozoso el cielo;
 El trono mas allá cercar las horas
 Del sol, miraba en su veloz carrera,

Y asidas deslizándose en la esfera,
 Vertiendo lumbre iluminar los días.

¡Oh Cintia! tú serías
 Una de ellas también, tú, la mas bella;
 Tú, en la que brilla la rosada aurora;
 Tú, la agradable hora
 Que vuelve en su carrera
 La vida y el verdor de primavera;
 Tú, la primera los celestes dones
 Dieras al hombre de la edad florida;
 Volando tú, rendida
 La belleza inocente,
 Palpitara de amor; y tú serías
 La que, bañada en celestial contento,
 Del deleite el momento anunciarías.

¡Oh hija de la beldad, Cintia divina!
 La magia que te sigue
 Me lleva el corazón; cesas en vano,
 Y en vano desapareces, si aun en sueños
 Mi mente embelesada
 Tu imagen bella retratar consigue.
 La magia que te sigue
 Me lleva el corazón: ya por las flores
 Mire veloz vagando
 La mariposa, ó que la fuente ría,
 De piedra en piedra dando,
 Ó que bullan las auras en las hojas;
 Do quier que gracia y gentileza veo,
 «Allí está Cintia», en mi delirio digo,
 Y ver á Cintia en mi delirio creo.

Así vive, así crece
 Por tí mi admiración, y arrebatada,
 No te puede olvidar. Ahora mi vida
 Florece en juventud. ¿Cómo pudieran
 No suspenderla en inefable agrado